

Buscame en cada estrella

Elissa, la nieta de Renato. La que lo espera siempre en la esquina de su trabajo. Sentadita de piernas cruzadas en el cordón, lo ve llegar. Los ojos azules de la niña se iluminaron tanto, que a Renato, lo hizo emocionar.

Sentados ya los dos en el cordón, se pusieron a jugar. Quién veía más autos estacionar, el ganador, elegía que cenar.

Como era de esperarse, Elissa ganó. Tenía una mirada veloz.

Los dos muy contentos, tomados de la mano, caminaron a su hogar. Inventando historias y viendo que poder merendar. La tarde estaba hermosa, como las mariposas que volaban en el jardín. Haciendo que Elissa se ponga aún más feliz.

La torta que Renato puso en el horno, estaba lista para ser devorada. Sus panzas ovaladas y regordetas, estaban a punto de estallar.

La comida aún no baja, entonces, el abuelo trajo una caja. En ella muchas fotografías se asomaban. La niña muy curiosa tomó una de ellas, haciendo preguntas y riéndose de aquellas. El abuelo contando anécdotas de cada foto que tomaba, hizo que se le cayeran unas cuantas lágrimas.

Renato muy emocionado abrazó a su nieta, haciéndole saber que nada es para siempre. Que disfrute siempre el presente. Que no se preocupe de lo que esté por venir, que siempre esté feliz.

Es una niña joven llena de años por vivir.

Elissa, para reanimar a su abuelo, buscó una manta. La acomodó en el suelo, se acostaron para mirar el cielo y ella le habló de sus sueños.

Renato se quedó dormido pero su nieta no. Aquellos ojos azules lo observaban tanto, que parecía una tonta. Esa mirada brillaba, haciendo un reflejo divino, expresando mucho cariño.

La tardecita cayó y el hambre se asomó. La niña despertó a su abuelo para ir al quiosco. Con tanto alboroto, Renato, con la ayuda de Elissa, se levantó. Muy contenta la niña no paraba de saltar, haciendo que sus trenzas rebotaran en su espaldar.

El abuelo feliz al ver a su nieta, con una sonrisa de oreja a oreja, que se apreciaba en aquél rostro. Todo contento y orgulloso de tener a su lado, una mina de oro.

Luego de haber comprado y cocinado todo, Renato, convidó un poco a Elissa. La que no paraba de aplaudir, haciendo un arrugor de nariz por el rico olor que salía de aquél plato gris.

La hora de partir se avecinaba. Elissa no quería irse de aquella casa, despedirse de los brazos de Renato, que con tanto anhelo rogaba para quedarse con su abuelo. Con lágrimas en sus ojos lo despidió. Haciéndole recordar que mañana en la esquina lo esperará, y se divertirán un día más.

También le dijo que se iba a quedar a mirar las estrellas para jugar a encontrar a la más bella. Con los ojos ya hecho un cristal, Renato, entra al hogar. Quedándose vacío y solo.

La felicidad y alegría que Elissa contagiaba no quedaba en la casa. Se iba con ella.

El abuelo muy triste se acostó, recordando todo lo que vivió. Guardando cada recuerdo, de su nietita, en cada rincón de su corazón.

Pensó en positivo cuando en su cabeza escuchó el hablar de Elissa, cuando antes de despedirse, le dijo que mañana iban divertirse.

La mañana de verano se hizo esperar, la nieta emocionada no para de pensar. La hora de salir para la esquina se cumplió, a brincos llegó. Muy emocionada lo abrazó. La nietita le contó lo mucho que lo extrañó y que, de la emoción que cargaba, no durmió.

El abuelo le regaló un collar, haciéndola emocionar. Pero éste la calmó, indicándole que era especial. Que era un pedacito de él, que nunca se iba a sentir sola, siempre y cuando lo mantenga en su memoria.

Elissa se perdió en el abrazo que se dieron, haciendo caer sus lágrimas al suelo.

El sol estaba fuerte, el día estaba hermoso y sus barrigas totalmente hambrientas.

Almorzaron juntos, como cada mediodía. La brisa del viento hizo que Elissa saliera afuera, para jugar con Adela, la perra de Renato que éste estaba hartado de sus ladridos, más que ladridos eran un estorbo para la hora de la siesta. Que aquella nunca se aprecia.

La noche cayó, y con ansias, los dos se acomodaron en el suelo, para apreciar lo hermoso que estaba el cielo. Elissa y Renato buscaron la estrella más brillante. Aquella se encontraba cerca de la luna, al costado de su curva permaneciendo lúcida y resplandeciente.

Como el reflejo en aquellos ojos azules de la niña, que permanecía asombrada por lo que estaba apreciando. Al lado estaba su abuelo, que la miraba con un brillo único.

Cargaba una sensación rara en su pecho, como si lo que estaba viviendo sería lo último mágico que su mirada apreciaría. Por eso Renato abrazó a su nieta sin darle explicaciones.

Elissa lo recibió con sorpresa, aquella que se preguntaba el porqué de aquel abrazo cálido y desprevenido. Lo cual decidió no decir nada para considerar aquél momento.

Aquellos dos corazones latiendo al mismo tiempo hicieron sentir a Elissa segura. Le indicaron que los brazos de su abuelo eran su refugio, que podía permanecer allí el tiempo que desee.

Ella encontraba la paz, se sentía amada. Recibía la atención y el cariño que no recibía en su casa. Apreciaba el tiempo compartido con su abuelo porque sabía muy bien que, al llegar a su hogar, enfrentaría sola la tormenta.

Se quedó dormida en los brazos de Renato, él la tapo cuidadosamente para que no se despierte. Decidió llamar a su hogar para que la vengan a buscar.

Renato la entregó a los brazos de su padre. Haciendo que éste se amargue. Un saludo seco salió de su parte.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, su piel se eriza al despedir a Elissa. Sintiendo una puntada en el pecho. Acariciando su pelo, la despide de nuevo.

Renato entra a su habitación, cargando mucha emoción. Las despedidas no son sus favoritas por eso siempre se irrita.

Acostado ya en la cama, se da cuenta que la extraña. Dando vueltas de un lado a otro, causando un lagrimeo en sus ojos. Pensado en su voz chillona el corazón se emociona.

Después de tanta imaginación, el sueño llegó. Cargando la poca esperanza de poder abrazarla en la siguiente mañana.

A la mañana siguiente, Elissa se despertó con un ardor en su corazón, cargando también, un sentimiento de pesadez. Porque su pilar, Renato, había caído. Se había muerto, se había ido. Pero ella no sabía nada, no estaba enterada.

Ignoró ese sentimiento extraño y corrió, para sentarse en aquél cordón, para esperar al señor que alegraba su corazón.

Se sentó como cada mañana a esperarlo pero Renato nunca salió, nunca llegó. El sentimiento que cargaba nunca calmó.

Con las ilusiones todas rotas y muy confundida regresó a su hogar, en la que se largó llorar. Al escuchar la triste noticia que se avecinaba en aquél lugar.

Elissa no podía creer que esto era la realidad y no una simple pesadilla de aquellas que Renato solía calmar.

Ella sabía muy bien que era un hombre mayor, que desgraciadamente la vida se lo arrebató, se lo llevó para siempre causando un dolor permanente.

De ahora en más viviría de recuerdos y pensamientos. Arrastrando sus sueños rotos. Cargados al hombro.

Nadie podía calmar su dolor. El brillo de sus ojos se apagó y su corazón se rompió. Renato para Elissa era aquella figura paterna que siempre deseó.

Después de tanto llanto, la niña se encerró en su habitación, repitiéndose una y otra vez “¿Por qué te fuiste?”, “¿Por qué me dejaste acá?”, “¿Por qué no me llevaste con vos?”, “¿Por qué no te abracé más fuerte?”.

Tantas preguntas hirientes, sin respuestas hicieron que, Elissa, caiga en un sueño de repente.

En aquél sueño ve a Renato, vestido de blanco. Él la llama y la abraza, le pide perdón por no haber ido a sentarse al cordón. Entre tanto llanto exclamó “Mi niña de ojos azules, ahora voy a estar cuidándote sobre esta nube. Soy un ángel, tú ángel. No puedo llevarte conmigo porque aquél corazón divino tiene que brillar. Te voy a guiar, para que vayas por el camino correcto. Buscame en el cielo, en la estrella más brillante. Nunca voy a dejar de titilar para hacerte saber que estoy acá. También voy a estar en tu corazón y en el collar que te regalé. Así que vayas a donde vayas siempre te acompañaré”

